

Asistencialismo y reciprocidad.
Estrategias de provisión de alimentos en el barrio de Gràcia
en tiempos de neoliberalismo.

Treball final de Grau en Antropologia social i cultural

Agustín D'Onia
agustindonia@yahoo.com
Curs 2013/2014
Tutora: Sílvia Bofill

Resumen

La retirada del estado de bienestar y su correlato, la crisis económica, comportan el incumplimiento de obligaciones estatales en relación, entre otros, al derecho a la alimentación adecuada. Asimismo, provocan un agravio frente a unos principios morales considerados básicos. Partiendo del seguimiento etnográfico de las estrategias esgrimidas por usuarios de comedores sociales, algunos de ellos miembros también de redes de ayuda mutua, y considerando la alimentación como un hecho social total, indagaremos en prácticas y valores asociados a las diferentes formas de provisión de alimentos. La oposición analítica entre medidas asistencialistas y formas de reciprocidad permitirá analizar la valoración de las diferentes formas que adoptan los hechos alimentarios, enfatizando el recurso a la acción colectiva barrial como forma de asunción colectiva de responsabilidad frente a una injusticia estructural. Todo ello nos permitirá realizar una aportación para el reconocimiento del derecho a la alimentación, vinculándolo con la dignidad de las personas.

Palabras clave: asistencialismo, reciprocidad, derecho a la alimentación, acción colectiva, alimentación adecuada, ayuda mutua, responsabilidad, pobreza

Indice

1. Introducción	2
2. De la dejación de responsabilidad estatal a la acción colectiva	3
3. Las estrategias de provisión de alimentos	7
3.1. Asistencialismo: el caso de los comedores sociales	8
3.2. Reciprocidad: la Xarxa d'Aliments de la Vila de Gràcia	13
4. Resultados	19
5. Bibliografía	22

1. Introducción

La progresiva retirada del gobierno de su rol de proveedor de bienestar es la contracara de su papel de garante para la obtención de ganancias individuales en detrimento de la población, al tiempo que deja cada vez más en manos privadas la solución a los problemas provocados por las lógicas de acumulación capitalista. Estas obligaciones del Estado con su población tienden a desplazarse así al ámbito de la voluntad filantrópica, eximida de la satisfacción exhaustiva de esas necesidades básicas (Sales, 2014; Terradas, 2011). Aunque los servicios y prestaciones ofrecidos por la administración continúan funcionando, se observa una creciente delegación de estas tareas de provisión de bienestar, ya sea porque se terciarizan estos servicios en beneficio de empresas privadas (Sales, 2014:46-48) o porque la propia población se organiza para cubrir sus necesidades. Así, algunas de las formas de asunción de estas responsabilidades por parte de las propias personas, colectivos organizados a nivel local y asociaciones civiles constituyen no solamente una respuesta a la incapacidad o falta de interés del Estado, sino también una propuesta de alternativa a la sociedad capitalista.

El de los hábitos alimentarios constituye un ámbito de gran significación en los procesos estructurales de cambio económico. Las estrategias de provisión adoptadas presentan una gran casuística, ligada no solamente a la disponibilidad y accesibilidad de alimentos, sino también a preferencias, gustos, hábitos, significados y valores. Los procesos de pauperización obligan a alterar estas estrategias personales y grupales de provisión, resignificando sus valoraciones y las de las situaciones vinculadas a ellas. En otras palabras, no cambia solamente aquello que se come, sino también la compañía en la que se come, la manera de proveerse, la forma de preparar la comida, los lugares y momentos en que se come y las valoraciones en relación a estos aspectos. El estudio de los fenómenos alimentarios, en tanto hechos sociales totales implica atender a todas estas cuestiones (de Garine, 2002).

Teniendo en cuenta lo anterior, nos aproximaremos a las estrategias de provisión de alimentos esgrimidas por personas en situación económica precaria, así como a su valoración de las relaciones establecidas en los ámbitos en que consiguen recursos y a su percepción de los alimentos. Intentaremos una aproximación crítica y cualitativa al concepto de *alimentación adecuada* para aportar elementos a la interpretación del derecho a la alimentación.

2. De la dejación de responsabilidad estatal a la acción colectiva

Las obligaciones del Estado español en relación a la alimentación de su población están recogidas en el artículo 25 de la Declaración Universal de Derechos Humanos de 1948 y en el artículo 11 del Pacto Internacional de Derechos Económicos Sociales y Culturales de 1966, aunque el interés político por el derecho a la alimentación fue escaso hasta mediados de la década de 1990. Recientemente, el Relator Especial de Naciones Unidas lo definía como:

El derecho a tener acceso, de manera regular, permanente y libre, sea directamente, sea mediante compra en dinero, a una alimentación cuantitativa y cualitativamente adecuada y suficiente, que corresponda a las tradiciones culturales de la población a que pertenece el consumidor y que garantice una vida psíquica y física, individual y colectiva, libre de angustias, satisfactoria y digna. (NNUU, 2010:3)

La estrecha vinculación entre el acceso a la alimentación, al trabajo, a la vivienda y otras necesidades no se ve suficientemente reflejada en el marco jurídico, debido a la compartimentación con que la expresión de estos derechos pretende garantizarlos. Es por ello que, según el Comité DESC, se ha de garantizar “la accesibilidad de [los] alimentos en formas que sean sostenibles y que no dificulten el goce de otros derechos humanos”, dando cuenta de esta interrelación. Es por ello que la satisfacción de cada uno de estos derechos está vinculada a la de su conjunto, y las estrategias para alcanzar este objetivo pasan por tener en cuenta tanto esta interdependencia como la referencia a expresiones como “autorrealización de las personas” o “dignidad” en sentido más general (Pisarello, 2009; Saura: 2012:5-9).

El concepto de *adecuación* en relación a los alimentos merece, dada su ambigüedad, una especial atención. Lo *adecuado*, en relación a este derecho, abarca factores nutricionales, medioambientales, de inocuidad y de aceptabilidad cultural o religiosa (NNUU, 2010:4). Es, por tanto, un concepto problemático, cuya pretensión de universalidad choca con las realidades propias de los grupos humanos y de los individuos titulares de derecho (Supiot, 2007:257-259). Es esta problemática la que justifica el recurso a un trabajo etnográfico para la indagación acerca de aquello que resulta *aceptable* o *adecuado* para las personas en relación a la alimentación en tanto hecho social total en un contexto determinado.

Abordar etnográficamente esta cuestión implica atender a las consecuencias y las respuestas a la dejación de responsabilidades por parte del Estado. Las estrategias de

provisión de alimentos de quienes se encuentran en situación de precariedad económica son variadas, como variadas son las percepciones sociales acerca de ellas y de quienes las practican. Entre las respuestas ofrecidas por las autoridades destacan las ayudas asistenciales, como es el caso de los bancos de alimentos o los comedores sociales públicos o privados¹. El recurso a este tipo de servicio puede ser considerado denigrante en tanto muestra de la incapacidad personal de satisfacer sus necesidades mediante el trabajo. Estas medidas asistencialistas, caracterizadas por colocar a sus usuarios en una posición de recepción pasiva de bienes y servicios, han sido criticadas por considerárselas una práctica destinada a paliar mínimamente la pobreza provocada por las clases dominantes y perpetuar las relaciones de explotación (Alayón, 1989: 5-46). Por otra parte, la creciente a la normativización del uso del espacio público prohíbe otras actividades de supervivencia, como la recuperación de alimentos desechados en contenedores de basura, limitando las posibilidades de aprovisionamiento y estigmatizando esta práctica con el argumento de asegurar el orden (Loaiza, 2013; Sales, 2014:16-17;70-72).

Las respuestas ofrecidas por la propia población muestran una gran diversidad, que va desde la participación en proyectos asistencialistas hasta la formulación de alternativas a la lógica del capital. Durante los últimos años, en España, el estallido de la crisis económica ha dado lugar a la expansión del sentimiento de agravio relacionado no solamente con las privaciones materiales respecto a necesidades consideradas básicas, sino también con la sensación de indefensión frente al accionar de las élites económicas que, en connivencia con sectores gobernantes, vulneran un conjunto de principios morales básicos consensuados por amplios sectores de la sociedad (Doñate, 2013), análogo a la “economía moral” de Thompson, entendida como las ideas tradicionales acerca de un conjunto de “normas y obligaciones sociales y de las funciones económicas propias de los distintos sectores dentro de la comunidad” (Thompson, 1979: 65-66).

Las movilizaciones del 15M pueden considerarse como un hito en la cristalización de este malestar. Algunas de las reivindicaciones del movimiento, que no eran nuevas

¹ En 2013 se habilitaron 300 nuevas plazas diarias en comedores municipales, alcanzando un total de 1541 (Ajuntament de Barcelona, 2012). Sin embargo, este dato no refleja la magnitud de tendencia al alza del conjunto de comedores, puesto que no existe registro oficial de los centros privados, que han experimentado un mayor crecimiento (Sales, 2014:41-48)

aunque sí menos masivas que tras su eclosión, manifestaban una voluntad de construcción de una sociedad alternativa, y no solamente una reforma de la actual. La descentralización de aquella movilización dio lugar a una participación creciente en asambleas barriales o a la creación de nuevas agrupaciones. A medida que la situación económica se ha agravado, y que la sensación de injusticia se afianzó, diversos colectivos han puesto en marcha nuevas formas de satisfacer sus necesidades básicas. La Xarxa d'Aliments de la Vila de Gràcia ejemplifica este tipo de iniciativa crítica con el modelo político-económico, y que busca el doble objetivo de proveerse de alimentos y crear lazos de solidaridad entre vecinos como forma de transformar las relaciones sociales, promoviendo la horizontalidad y la reciprocidad como alternativas a la lógica de mercado (Xarxa d'Aliments, 2014; Taifa, 2013; Doñate, 2013).

El estudio de la reciprocidad encuentra un referente ineludible en Mauss, quien articula su definición en base a las obligaciones morales de dar, recibir y devolver los presentes aun cuando estas transacciones aparecen bajo la forma de gestos de generosidad. Asimismo, cabe destacar su propuesta de “obligar” a la sociedad a velar por el bien de los individuos, lo cual redundaría en beneficio de sí misma (Mauss, 2008). Por su parte, Sahlins señala la redistribución como una forma de reciprocidad, aunque establece una distinción importante entre formas de reciprocidad “viceversa”, o inmediatas, que se dan *entre* las personas y las que, organizadas grupalmente, implican una centralización de bienes y su redistribución. A estas últimas las llama *comunidades*², y las considera como una “organización de reciprocidades” en las que las relaciones se dan *dentro* del grupo, a diferencia de lo que sucede en la reciprocidad “viceversa”. Entendida de esta manera, la redistribución cumple la doble función *material*, en tanto es proveedora de bienes; e *instrumental*, como cohesionadora del grupo en tanto implica la subordinación a una autoridad (Sahlins, 2008:203-208), sea esta de tipo vertical u horizontal. Terradas advierte sobre la necesidad de entender la reciprocidad en su marco de relaciones, contexto que le dota, en cada caso, de una especificidad difícilmente generalizable. Los vínculos de amistad, amor y equidad, entre otros, constituyen ámbitos en los que la reciprocidad está incrustada y en los que el imperativo moral de generosidad actúa como

² Es importante distinguir este uso del término *comunidad* de los otros usos que se le dan en este artículo, asociados a una pertenencia en sentido más amplio.

aglutinador. (2001:205-208). Estas interpretaciones nos permiten retomar la idea de una economía moral contrapuesta a los valores mercantiles a los que estas iniciativas hacen frente.

La relevancia que adquieren las formas de ayuda mutua, entre otras situaciones, cuando la función garantista del Estado se ve mermada, ha sido señalada por Contreras y Narotzky (1997). Las relaciones de vecindad, parentesco y amistad establecidas en los barrios devienen entonces un espacio privilegiado para la observación de estos fenómenos de resistencia al capitalismo y a sus efectos, en la medida en que la búsqueda y el refuerzo de lazos comunitarios se vincula a la satisfacción de necesidades mediante intercambios basados en lógicas de reciprocidad, y no en el cálculo (Greenhouse en Terradas, 2011:68). En efecto, estas relaciones pueden favorecer, mediante la cooperación, la acción colectiva como forma de asunción de una responsabilidad compartida frente a los daños inferidos por injusticias estructurales a una parte de la población, al tiempo que participan en la construcción de una sociedad alternativa en el seno de la preexistente mediante la transformación de dichas estructuras (Young, 2011; Taifa, 2009).

En línea con Greenhouse y Young, Franquesa explica que la noción de barrio como espacio político para la acción colectiva aparece cuando la propia vida del vecindario es reivindicada por oposición a una lógica del capital –en su caso expresada en el urbanismo. La movilización contra una situación considerada injusta permite así intensificar las relaciones sociales con el vecindario, abriendo las puertas a una identidad compartida. Así, el barrio aparece como categoría política cuando esa vida comunitaria se torna consciente y voluntaria, con el fin de mejorar el bienestar de sus miembros (Franquesa, 2010).

Bajoit se interesa por las acciones colectivas guiadas por la solidaridad expresiva, aquella en la que los individuos se unen para la consecución de una causa considerada justa no solamente en su propio beneficio, sino en el del conjunto de la sociedad. Cuando estos grupos, que intentan provocar un cambio social, se organizan horizontalmente, es decir, bajo una forma de liderazgo compartido, nos encontramos en presencia de una solidaridad de tipo fusional (2006: 219-221). Esta aclaración tiene interés para la aproximación a la acción colectiva en los barrios si nos remontamos a las reivindicaciones transformadoras expresadas en las movilizaciones del 15M y a su posterior descentralización (Doñate, 2013). Así, en la medida en que

un grupo con una identidad común se compromete en acciones colectivas para el logro de una causa justa y en una relación antagónica frente a un adversario, nos encontramos en presencia de los tres principios que, según Touraine, articulan los movimientos sociales: identidad, oposición y totalidad (en Bajoit, 2006: 211-222).

En septiembre de 2013 me sumé como practicante al Observatori DESC para la realización de un informe sobre el derecho a la alimentación en Catalunya de próxima publicación. Con la intención de realizar un aporte antropológico a dicho informe comencé una investigación personal en paralelo, uno de cuyos resultados es este artículo.

Mi trabajo de campo se prolongó desde octubre de 2013 hasta mayo de 2014. En una primera etapa realicé cinco entrevistas a usuarios de comedores sociales del barrio de Gràcia, todos ellos mayores de 40 años y en situación de precariedad económica y habitacional, con la intención de indagar en sus prácticas alimentarias en general y sus valoraciones a respecto. Una segunda etapa del trabajo de campo comenzó en febrero de 2014, con la asistencia a la Xarxa d'Aliments, un colectivo autogestionado de recuperación de alimentos, donde realicé observación participante durante tres meses. En ese marco realicé otras dos entrevistas a personas que han asistido a comedores sociales, lo que me permitió plantear un enfoque comparativo para este artículo.

No cuento en mi material etnográfico con entrevistas a mujeres, debido a la dificultad de acceso al trato con usuarios de comedores por la vía institucional, situación que me condujo a recurrir a mis vínculos de vecindad con usuarios de comedores sociales, todos ellos hombres. En el ámbito de la Xarxa d'Aliments tampoco he conocido a mujeres con este perfil.

3. Las estrategias de provisión de alimentos

El planteamiento dicotómico entre asistencialismo y reciprocidad responde a una necesidad analítica. Como veremos, estas y otras formas de provisión se encuentran imbricadas en las estrategias adoptadas para la satisfacción de necesidades alimentarias. Intentaremos a continuación una aproximación etnográfica para dar cuenta de estas diferentes formas de provisión y consumo alimentario que, asociadas

a determinados valores, pueden ser fundadoras de identidades tanto individuales como colectivas (Fischler, 1995).

3.1. Asistencialismo: el caso de los comedores sociales

Jorge llegó a Barcelona en el año 2006 procedente de Argentina. Tiene 42 años. Está divorciado y tiene una hija que vive en Tarragona con su ex esposa. Hasta el año 2010 tuvo trabajos esporádicos en una fábrica, empaquetando revistas. A comienzos de 2011, tras varios meses sin ningún ingreso, debió abandonar la habitación que alquilaba por un retraso en el pago. Pasó tres meses durmiendo en una obra abandonada en el barrio de Sants, hasta que comenzó a percibir una prestación (PIRMI) y pudo volver a alquilar una habitación, pagar sus gastos de comida y una parte de la cuota de manutención de su hija. Afirma haber planteado su vida durante esos meses en términos de “supervivencia”. Sus hábitos cambiaron drásticamente; la imposibilidad de almacenar, cocinar y conservar los alimentos le llevó a recurrir a nuevas estrategias para alimentarse. Comenzó a asistir comedores sociales y a recoger alimentos que encontraba en la calle. Recuerda el día en que la dependiente de un panadería le vio recoger una bolsa con bocadillos que ella dejaba diariamente en la basura: “Al principio, sí [le avergonzaba], como los comedores... que alguien me viera. Por ejemplo, yo veía una bolsa e iba a agarrarla, pero si pasaba alguien hacía como que seguía de largo...”

En Barcelona, el acceso a la mayoría de comedores sociales, sean municipales o privados, está mediado por las autoridades, por lo que la asignación de una plaza depende de la realización de un trámite. Este recurso se encuentra entre las primeras estrategias comentadas por los entrevistados, ya sea debido a la falta de los medios o las habilidades para cocinar. Frente a la necesidad urgente de alimentarse, Jorge decidió acudir a un comedor social:

...no está mal decir que me daba un poco de vergüenza, al principio. Lo empecé a sentir en uno de los primeros comedores, unos de los que abría de noche. [...] Fui a hablar de noche con un hombre y me dijo: ¿es la primera vez que venís?” le conté mi situación, y me dice: “bueno: acá podés comer tres veces, [como] en cualquier comedor; y tenés que tramitar [el permiso en el Ajuntament]...” Ahí me dio como un poco de vergüenza, y también vi que en general trataban bastante mal a la peña que iba a comer ahí.

Julián nació en Galicia, tiene 52 años y reside en Barcelona desde hace once años. Recibe una prestación (PIRMI) que le permite alquilar una habitación en el barrio de

Poblenou, aunque durante el día suele estar en Gràcia, su antiguo barrio. Sus formas de provisión incluyen la asistencia a un comedor social y la percepción de un lote que obtiene en el banco de alimentos de una parroquia. Sobre su sensación al asistir por primera vez a un comedor social, expresa que se sentía

... desubicado, descolocado, no sabía muy bien cómo iban las cosas... pero me sentí... “hay que hacerlo, hay que hacerlo. Toma, voy para allá. ¡Pum!” Al principio es aquello que dices “¡ay! qué vergüenza, no sé qué”, pero después, ya, al cabo de dos o tres días vas entendiendo que a la gente también le pasa lo mismo... pues que tampoco es que no me vean: yo los veo, ellos me ven, tampoco es ninguna vergüenza. Es una mala época de la vida.

La resistencia a ser categorizado, en base a la asistencia a un comedor social, junto a personas cuyos atributos son valorados negativamente resulta común a la de otros entrevistados. Pero con el pasar de los días, este sentimiento de vergüenza suele dejar lugar a la construcción de relaciones de cierta confianza.

Cuando la gente come con otras personas, normalmente habla, y si estás trabajando... hablas de tu trabajo, o de tus amistades, o de tus hijos. Pero cuando vas allí, como no tienes trabajo, hablas sobre lo que tú estás viviendo en ese momento. [...]es una relación... de conocidos, nada más... no de amigos. Amigos, amigos, imposible. Porque además estás en una situación que tampoco te apetece. Porque a ver: están lo otros como yo, ¿para qué voy a acercarme a otro que está peor? Estaré igual.

Aunque la cordialidad y la identificación de una problemática común no se traduce, en general, en vínculos de amistad, Jorge guarda buen recuerdo del grupo con el que compartió mesa. Los considera “colegas”, a los que visitó durante un tiempo luego de dejar de asistir al comedor. Expresa que: “...después empezás con la misma dinámica del lugar, y empezás a hablar. Y me daba cuenta que... que yo no tenía nada en común con los tipos, pero con cierta gente en particular sí”

Àngel tiene 53 años, nació en Gràcia, está divorciado y tiene un hijo. Recibe una prestación de desempleo y vive en una habitación alquilada. Es miembro de la Xarxa d'Aliments y complementa su alimentación comprando de algunos productos o recibiendo donaciones de algunos propietarios de pequeños comercios del barrio. Un día de comienzos de 2013 llevó sus pertenencias a la habitación a la que acababa de mudarse. Allí, un grupo de conocidos de la persona que gestionaba las habitaciones le robó el dinero que llevaba y sus pertenencias. Le dieron una golpiza, por lo que decidió no regresar a recoger sus cosas. Tras hacerse curas en un hospital, su asistente social le asignó un albergue en el que se alojó durante un mes.

Sólo tenía la muda de ropa que llevaba, que estaba llena de sangre. [En el albergue] me dieron ropa limpia y me quedé allí. Tuve la entrevista con la asistente social, y le dije: “Yo el día que cobre la paga, me voy, porque a mí no me gusta estar aquí” Y estuve un mes. Para mí era completamente desconocido el tema este de los sin techo, la gente que está en la calle, los vagabundos...

Àngel considera fortuito el haber tenido que asistir al albergue y al comedor. Es el único entrevistado que afirma haber hecho amigos en el ámbito del comedor, lo cual debe considerarse en el marco del albergue, donde las personas comparten más tiempo que cuando asisten exclusivamente a la hora de las comidas. En referencia a otros comensales con los que compartía mesa, afirma que “...la gente está muy amargada porque está muy hecha polvo”, o que “la gente ahí está entregada”.

En relación a la gestión de las ayudas tanto oficiales como privadas, los esfuerzos del Ajuntament se enfocan en la centralización de la información acerca de los solicitantes. Si una solicitud de plaza en un comedor es aceptada, se asigna un centro municipal o privado, entre los que se incluyen ONG's y entidades religiosas. Así, se intenta llevar un control de las personas que reciben prestaciones, sean estas monetarias o en especie. Durante el tiempo que dura el trámite, los solicitantes pueden asistir hasta tres veces a cada comedor social, acreditando el inicio de la gestión³.

Tanto este proceso de asignación del comedor como las relaciones allí establecidas entre usuarios y con el personal trabajador son percibidos, con frecuencia, como problemáticos. Según el testimonio de informantes, el criterio para la asignación de comedores es la cercanía con el domicilio de residencia, situación que resulta problemática para quienes no tienen vivienda. José tiene 42 años, nació en Asturias y reside en Barcelona desde el 2006. Duerme en cajeros automáticos y no recibe ninguna prestación económica. Sus estrategias de alimentación incluyen la asistencia al comedor social de una orden religiosa, uno de los pocos que no exige identificación, la participación en la Xarxa d'Aliments, el pedido de alimentos en pequeños comercios y bares y, cuando cuenta con dinero, alguna compra en tiendas o bares. Las dificultades de acceso a un comedor mediante los Servicios Sociales le llevaron a renunciar a esa posibilidad:

³ Existen, sin embargo, entidades privadas que no imponen requisitos para el acceso.

Pero paso de ir a esos sitios... Porque me irritan, me siento incómodo porque a lo mejor, si tú estás viviendo en Diputació... te mandan a Navas. Coño, si tengo que ir de Diputació a Navas [...] Si no cobro nada, o tengo una PIRMI y me tengo que pagar una tarjeta del metro de diez pavos y pico... ¿cómo pago la habitación? ¿qué como?

Vivienda, transporte, alimentación. La estrecha relación entre estas y otras necesidades hacen insatisfactoria la respuesta ofrecida por la administración. José considera “indigno” aceptar las ayudas en estas circunstancias: “No puedo perder mi dignidad, no puedo perder lo poco que me queda. Si hago eso, ya me estaría uniendo al sistema, porque el sistema te está derrotando”

Una vez conseguida la plaza, existen diversos controles, contraprestaciones y condiciones para mantenerla, que pueden ser objeto de resistencia por parte de algunos usuarios. En un comedor evangélico al que asistía Jorge, una oración previa a la comida despertaba el recelo de algunos comensales:

... a veces te hacían orar. Muchos se paraban, yo siempre me quedaba sentado.[...] Había unos que hacían la charla cortita... pero cuando algunos se alargaban, ya empezaban: “bueno, tío, ¡corta, ya, corta! ¡Que hemos venido a comer!”. Y esos, cada tanto, con algunos grupos, saltaban... Era gracioso. O la gente ya empezaba a hablar entre ellos, a mover sillas, a hacer ruido...

Por otra parte, el control en la asistencia a los comedores suele ser estricto. Emilio, nació en Paraguay hace 63 años y vive en Barcelona desde hace doce. No tiene ingresos fijos y duerme en una cama que le presta un vecino. Comenta que la ausencia sin aviso previo durante tres días comporta la pérdida de la plaza en el comedor. La razón aducida es la de fomentar la responsabilidad y evitar el gasto innecesario: “...si no está tu firma al otro día te llaman por teléfono y te dicen “¿Qué le pasó? ¿Por qué no avisó?” Él lo vive como una forma de discriminación, al igual que el trato recibido por las trabajadoras del comedor, al que define como “...una suerte de paranoia en la que, como yo [la trabajadora] tengo trabajo soy diferente del que viene ahí a comer. Y los ven como un peligro a los que vienen a comer ahí. No sé si lo expreso bien, pero esta suerte de «yo no soy igual a ti»”. Relata un enfrentamiento con una camarera: “Un día yo estaba leyendo, se me acercó y me dijo: «aquí no se viene a leer, se viene a comer». Me salió una furia... me levanté y le empecé a gritar. ¡Le dije que tenía que ir al gulag!” Cuenta que entre varios usuarios redactaron una carta de queja, por lo que la trabajadora fue apartada del comedor.

La relación con el personal de los centros también puede ser cordial. Algunos usuarios manifiestan haber ofrecido colaboración con la ordenación del mobiliario, tareas de cocina o mediación en situaciones conflictivas. Esta colaboración puede ser recompensada de diferentes maneras, que van desde una preferencia en el reparto de alguna fruta sobrante hasta la posibilidad de asistir al comedor aunque se haya renunciado a la plaza. José comenta su colaboración con una entidad privada que ofrece desayunos, duchas y lavado de ropa:

Si tienes un poquito de dignidad, de coraje, de decir, jolines, “se que estás ocupado haciendo esto. ¿Quieres que te de una mano doblando ropa?”. No es que des nada a cambio... Evidentemente, si la chica te ve, te dice “hostia, este jersey pa’ tí, porque siempre sois los mismos los que estáis haciendo las cosas... qué menos que nosotros os demos algo a cambio a vosotros” Es decir... no estás pidiendo nada. Entonces, para mí, eso me hace sentirme bien.

“Dignidad” es un término al que recurre José para referirse a la situación en la que deja de ser un receptor pasivo de la ayuda para tener una relación más cercano a la reciprocidad. Otra expresión relacionada es la de “sentirse útil”. José reclama una iniciativa por parte las autoridades para salir de su situación. Luego de tres años en tratamiento por alcoholismo, reclama: “¿Tú quieres que no beba? Dame un trabajo. ¿Tú quieres que sea un ser humano? Dame una cama. [...] ¿Qué te tengo que dar? ¿Tengo que estar tres años aquí para que me des un bote de colacao?”. Julián se lamenta de su dependencia de los servicios asistenciales: “Lo que da rabia es que, si encontrara trabajo, no tendría que estar así. Porque no es un plato que guste a nadie estar así”. Y agrega: “Y claro, tienes una vida realmente triste... tristoná”. Se observa una coincidencia en el reclamo de trabajo u ocupación, y no asistencia.

En relación a la percepción de los alimentos servidos en los comedores existe cierta ambigüedad. Emilio afirma que la comida “...es una mierda. Es comida de hospital, sin sal. Es muy mala, [aunque] sería injusto decir que no cumple con las calorías básicas del día. Yo creo que sí, que las cumple”. En otra ocasión afirmó que “...como para nutrirme, pero no es que lo disfrute”. Àngel expresa que la comida: “...viene de catering. Viene un camión con la comida hecha y vete a saber cuándo la han hecho. Eso no es comida fresca. Mal no se come, pero bien tampoco”. Es significativo que, en la medida en que los comedores son controlados por el estado, esos alimentos están sujetos a las exigencias nutricionales y sanitarias de una alimentación “adecuada”. Más adelante tendremos ocasión de comparar estas

percepciones con las de las personas, que en ocasiones son las mismas, que recurren a otras estrategias para la obtención de los alimentos.

3.2 Reciprocidad: la Xarxa d’Aliments de la Vila de Gràcia

Si bien compartir alimentos constituye una práctica común en las relaciones de amistad, parentesco y vecindad, puede también convertirse en una manera de garantizar el acceso a quienes carecen de medios para comprarlos. Constantin tiene 65 años, nació en Rumania y reside en Barcelona desde hace ocho años. Cobra una prestación con la que alquila una habitación. Tiempo atrás, solía repartir entre amigos y vecinos el pan que le donaban en una panadería. Ante las expresiones de agradecimiento, solía responder “las gracias, a Dios”, dotando al hecho de repartir el pan de un significado moral. He presenciado cómo una vecina a quien Constantin ofrecía el pan le retribuía con un trozo de queso. Además de asistir a un comedor social, Julián comparte el lote de alimentos con otra inquilina de su piso, quien los cocina:

... cuando varias personas están así, en precario [...] Uno tiene necesidad. Y claro, se tienen que juntar varios para hacer el mismo efecto que uno que tuviera dinero o trabajo, claro. Y entonces nos vamos ayudando así, unos a los otros. Pero... tengo bastante suerte dentro de lo que cabe.

Estas formas “viceversa” de reciprocidad no agotan las maneras de cooperar para obtener alimentos. En febrero de 2014 me integré a la Xarxa d’Aliments de la Vila de Gràcia, “un grup de persones que s’organitzen en Assemblea oberta” desde octubre de 2012 y que junto con otras redes forma la Xarxa de Suport Mutu de la Assemblea de la Vila de Gràcia, surgida tras la descentralización del movimiento 15M, y cuyo punto de encuentro es el local del Banc Expropiat, una antigua sucursal bancaria ocupada por la asamblea (Xarxa d’Aliments, 2013). Cada semana, los miembros de la Xarxa recogen excedentes alimentarios de comercios del barrio, los centralizan y se los reparten durante la realización de la asamblea, en la que se asignan turnos de tareas para la siguiente semana. Estas tareas consisten en la recogida de alimentos y su centralización en el local, la limpieza del espacio de reunión y la dinamización de las asambleas, entre otras. Entre veinticinco y cuarenta personas con diversas motivaciones y situación socioeconómica participan cada semana de la asamblea.

Un factor que da sentido al accionar de la Xarxa es la oposición al modelo capitalista de producción alimentaria manifestada, entre otras maneras, en el consumo de productos descartados por su apariencia o por la superación de sus fechas de caducidad. La recuperación de alimentos a punto de ser desechados por comerciantes no es una práctica exclusiva de la Xarxa, sino que está extendida en Barcelona y se ha intensificado desde el inicio de la crisis económica. Es realizada tanto por individuos como por grupos organizados de personas (Loaiza, 2013). En cuanto a la recuperación de comida de los contenedores de basura, resulta significativa la propuesta de algunos miembros de la Xarxa de realizar esta práctica a la luz del día, con la doble finalidad de aprovechar alimentos y otros bienes descartados, y de incidir en la desestigmatización de esta práctica, pasible de ser multada por parte del Ajuntament (Sales, 2014:70-72; Xarxa d'Aliments, 2014).

Desde la perspectiva de la Xarxa, un primer nivel de ayuda mutua se establece entre sus integrantes, quienes asumiendo un turno de tareas por persona—y en ocasiones ninguno— se abastecen semanalmente de una variedad de alimentos. La insistencia durante las asambleas en la realización de tareas es recurrente, dando cuenta de la importancia y de cierto carácter “obligatorio” de esta responsabilidad. Una tarde en que algunas personas se apuntaban para realizar hasta tres tareas mientras otras no asumían ninguna, Pablo, miembro de la Xarxa desde el comienzo, comentó que “la idea no es venir a llevarse la comida y ya, que está bien, pero no es solo eso”, destacando la importancia de la cooperación como una manera de estrechar los lazos. Se evidencia así la doble función de la redistribución: la material y la instrumental, esta última dirigida a la manutención social del grupo mediante la “comunidad ritual” (Sahlins, 2008:208).

Con los alimentos en el local y la asamblea en marcha, dos personas se encargan de distribuir los alimentos en cajas de acuerdo al número de personas que han manifestado, momentos antes, su intención de llevarse comida ese día. Todas las personas que asisten a la asamblea, aunque lo hagan por primera vez, tienen derecho a proveerse de alimentos. Cada caja de plástico, de las utilizadas por las empresas distribuidoras de frutas y verduras, contendrá alimentos para dos personas que, una vez acabada la asamblea, se repartirán su contenido. Una tarde, José pidió una caja que contuviera solamente frutas, debido a su imposibilidad de procesar alimentos por

carecer de vivienda. La asamblea accedió inmediatamente a este pedido⁴. Mientras se preparan las cajas, en la asamblea se discute sobre la organización, se proponen actividades, se asignan turnos de tareas y se realizan debates.

El del reparto es un momento de conversación y movimiento. Cada persona mete en una bolsa los alimentos que se llevará. Algunas personas cortan y desechan las partes no comestibles de los alimentos. Es también un momento de negociaciones en función de las preferencias, gustos y necesidades de quienes comparten caja. Estas negociaciones suelen darse en términos amables, con visibles muestras de equidad, e incluso de cesión, por parte de cada persona. Si a alguien no le agrada un determinado alimento, lo cederá a la persona con quien comparte la caja; como contrapartida, suele tener prioridad para escoger algún otro alimento.

Los restos de alimentos son puestos en un cubo de basura ubicado en el centro de la ronda que forma la asamblea. Varias personas permanecen de pie o en cuclillas, repartiendo alimentos y ofreciendo a otros aquellos que han descartado. A medida que la distribución finaliza, se recogen las cajas vacías para guardarlas en un cuarto hasta la semana siguiente. Poco a poco la gente vuelve a sentarse, quedando el centro de la ronda cubierto de restos de comida, con el cubo de basura más o menos lleno y la gente conversando, haciendo bromas y comenzando a comer alguna fruta o pan.

Comienza entonces el segundo reparto. Una persona distribuye alimentos de los cuales hay pocas unidades o que, por ser demasiado grandes, deben cortarse para ser compartidos. En varios encuentros se ha destacado que en esta situación “se aprende a ceder”, puesto que si hay dos frutas para repartir y son deseadas por más personas, algunas de ellas deben renunciar a su deseo para que otra satisfaga el suyo. Cuando esto ocurre, puede suceder que la persona que realiza este reparto recompense esta actitud ofreciendo algún otro alimento a quien ha cedido. En ocasiones, tal recompensa se explicita mediante fórmulas como “le doy esta manzana a fulano, que antes pidió tomate y lo cedió a mengana”. La lógica de la reciprocidad y la redistribución no guiada por el cálculo estricto se manifiesta así durante los repartos.

Una vez terminadas la asamblea y el reparto se libera el local para que cuatro personas responsables del turno de limpieza puedan barrer y fregar el suelo del local,

⁴ La adaptación a las necesidades de sus miembros se considera una ventaja a los bancos de alimentos, que ofrecen lotes con contenidos preestablecidos, no permitiendo esta adaptación a las necesidades personales

mientras el resto espera fuera o se despide. La jornada suele acabar en una plaza cercana conversando y compartiendo unas cervezas.

Los miembros de la Xarxa intentan establecer también relaciones de reciprocidad con los comercios, ofreciéndose a realizar tareas a cambio de los excedentes alimentarios. Así sucede en el caso de dos negocios que comercializan productos de huertos propios ubicados en las afueras de Barcelona. Sendas parejas de la Xarxa acuden semanalmente a realizar tareas en estas explotaciones. Estos pactos son especialmente valorados por algunos miembros, por lo que ante el incumplimiento de un turno, Berta, participante muy activa del grupo, comentó: “[estos pactos son] justament la idea de la Xarxa... Els hem de cuidar molt, no es tracta només de menjar”.

Más difícil resulta transmitir esta idea a otros comercios que simplemente donan excedentes, actitud que los miembros de la asamblea atribuyen al desinterés o la incomprensión de la propuesta. “Hi ha gent que ens dóna menjar i pensa que és pel banc d’Aliments”, comenta Pablo. “Per això, és important difondre la nostre idea de fer algo a canvi. Jalar gratis està bé, perquè tenim la nevera plena cada setmana, però no és la idea”. Esta preocupación por mostrar voluntad de ofrecer algo a cambio de los alimentos recuperados y diferenciarse de iniciativas asistencialistas es recurrente en los discursos que emite la Xarxa. Durante el mes de enero tuvo lugar un debate cuyas conclusiones fueron publicadas en una revista de agrupaciones del barrio de Gràcia, en el que se critica el accionar del Ajuntament, Càritas, Cruz Roja y el Banc dels Aliments por no interesarse en “dar soluciones reales a los problemas sociales y económicos porque ellas mismas forman parte del engranaje que los genera y alimenta” (Banc Expropiat, 2014).

Como hemos visto, también existen dificultades para lograr la participación en las tareas por parte de todos los miembros de la Xarxa, dificultad que evidencia la variedad de motivaciones individuales para la participación en este grupo. En este sentido, Emilio, quien participó durante meses en la Xarxa, se queja de que “para llevarte una caja de verduras hay que escuchar un sermón de dos horas”. Àngel opina que:

Aquí profundizamos más, hablamos de más cosas, somos más políticos. Hablamos de los temas, lo que es el *malbaratament* de los alimentos, se piensa lo que se hace, lo que no se

hace... uno da su opinión, otro da la otra, se discute, se debate... y claro, empezamos la reunión a las siete y media y acabamos a las diez. El que viene a buscar comida, dice: “joder, tengo que estar aquí dos horas y media para que me den una caja de verduras, pues no vengo. Me voy a la esquina que me la dan directamente”.

A pesar de las evidentes diferencias de las propuestas, se observa una analogía entre la actitud de Emilio y la de algunos usuarios del comedor evangélico aludido por Jorge, en tanto que el rezo previo y la asamblea pueden desmotivar a quienes solamente buscan proveerse de alimentos.

Pocas semanas después de los comentarios sobre la importancia de la asistencia a los huertos, José se apuntó a trabajar en uno de ellos. En la siguiente asamblea comentó que “ha ido de lujo. Ese huerto me da la vida, me apunto para la semana que viene. Para mí, que duermo en un cajero, salir de la ciudad es ir al paraíso”. Desde entonces, y durante más de un mes, asistió cada semana a alguno de los huertos. En relación a este tema afirma que

...me ví en la obligación, no en la obligación, sino...mi cuerpo me decía... Joder, me están ayudando. ¿De qué manera puedo yo darles algo a cambio?. Bueno, con un poquito de sudor, ¿no? Sudor no en el sentido de estar esclavizado ni por obligación... sino porque te ves... tu corazón o tu manera de ser te pide que ayudes... porque me siento identificado, porque me siento útil, porque me siento libre, de alguna manera...

Ya hemos hecho referencia al valor que José daba a la posibilidad de colaborar con una entidad de barrio que le prestaba asistencia. En este caso dice sentirse “identificado”, razón por la cual su “corazón” le pide colaborar. En otro momento habla de su “integración” a la Xarxa y, por oposición, explica su rechazo a “la sociedad”

Te sientes un poquito dignificado, porque la sociedad te excluye. Es increíble. O sea, la misma sociedad te excluye... Cuando la sociedad... si vamos a cada una de las casas que hay aquí, no tiene una vida maravillosa y sencilla. Es lo que más me duele. Pero luego salen a la calle y te ven como si fueras, no sé... una mierda de perro.

José vuelve a hablar de “dignidad” para referirse a su participación en la Xarxa. En este contexto, la práctica sostenida de relaciones de reciprocidad, bajo la forma de la ayuda mutua, da lugar a relaciones de confianza que Àngel expresa en términos de amistad:

... aquí es más una relación de apoyo. Es buena gente, se preocupan de los demás, no se preocupan por sí solos. Aquí es lo que decíamos del apoyo mutuo: yo te apoyo a ti, tu me apoyas a mí. No se trata de dar siempre y no recibir, ¿no?. Llegas, ayudas, colaboras... Siempre más que más moralmente. Cuando se te apoya en la moral... es más fácil tirar hacia delante, y no que se hundan en la esquina [...]

Aquí he encontrado una amistad que no tenía yo antes. La gente viene un poco abatida y “va, te invito una cerveza”. Hay más un tema de amistad. Aquí lo que se hace es otra historia. Hay muy buena gente.

En cuanto a la percepción de los alimentos repartidos en la Xarxa, cabe distinguir los momentos de reparto de las ocasiones en que se realizan comidas populares en el barrio. El segundo día que asistí a la Xarxa compartí la caja de verduras con una joven a quien no he vuelto a ver. Mientras nos repartíamos los alimentos, que ese día fueron abundantes, hacía exclamaciones y se mostraba fascinada con las verduras que le tocaban. Cuando llegó el momento del segundo reparto, cogió un caqui aparentemente “pasado” y, mostrándose entusiasmada, exclamó: “¡Hostia! ¡Qué bueno, tío! Cuánto hace que no como caquis”. La percepción de una fruta “pasada” contrasta con la de los alimentos servidos en los comedores, cuyos criterios de “adecuación” ya hemos comentado.

En ocasiones, la Xarxa organiza comidas populares para difundir la propia actividad, estrechar vínculos con otros colectivos y recaudar dinero destinado a cubrir el coste del tren para asistir a los huertos, la impresión de octavillas y otros gastos puntuales. Estas comidas, cuyo pago es opcional y a voluntad, permiten observar tanto la preparación como las formas de comensalidad posteriores. Un domingo de marzo fue organizada una comida popular en una plaza, en el contexto de una feria trimestral de intercambio. Desde la mañana, algunas personas preparaban los ingredientes del menú, que consistía en paella de verduras, pollo con salsa de champiñones y ensalada de frutas. En dos largos tablones apoyados sobre caballetes, ocho personas cortaban las verduras reservadas para la ocasión durante la última asamblea, mientras conversaban y hacían bromas. Ángel dirigía al grupo, del cual la mitad eran personas que asisten también a algún comedor social. Camilo, quien duerme en un parque y tiene unos 45 años, comentó que prefiere participar de estas comidas que ir al comedor, porque el ambiente allí no tiene “...nada que ver, tío. En el comedor la

gente está toda triste”. Cuando algún colectivo del barrio organiza este tipo de comidas “...me apunto como pinche, voy y ayudo”.

Dany tiene unos 50 años y duerme en un cajero. Es cocinero y no tiene trabajo. Asiste al Banc Expropiat y, aunque no es miembro de la Xarxa, participa de la preparación de la comida. Meses antes había tenido conflictos dentro del Banc, por lo que se le había prohibido temporalmente el ingreso al local. José me comenta “¿lo has visto?, está muy sereno. El trabajo dignifica”, me dice con un dedo en alto. Dany se acerca un momento y le dice a José cómo tiene que usar el cuchillo, apoyando la punta y haciendo fuerza hacia abajo con la parte trasera. Días después, José comenta:

Claro, [Dany] estaba tranquilo. Porque estaba haciendo lo que verdaderamente le gusta. Se ha sentido útil, se ha sentido dignificado, se ha sentido que nadie le estaba llamando la atención. Se ha sentido incluido, no excluido, [...] Se ha sentido que estaba disfrutando con lo que estaba haciendo [...] Esa es la ayuda que da este sitio. Eso es lo importante. Que alguien te ayude a motivarte...

La comida preparada se ofrece a todas las personas que están en la plaza. A un lado de una larga mesa improvisada, cuatro miembros de la Xarxa servimos los alimentos a las personas que pasan con su plato en la mano. Mientras sirvo la ensalada, algunas personas dan muestras de agradecimiento. Un hombre dice “no sabéis lo bien que hacéis, de verdad os lo digo”. Pasan algunos miembros de la Xarxa y algunas vecinas a las que no veía desde hacía tiempo. José se queja de que tiene poca comida y le ofrecen un poco más de paella. La gente come en grupos. En un banco de plaza, detrás de la cocina improvisada, un grupo toca la guitarra y canta mientras dos mujeres bailan. Las escaleras de la iglesia se ven atiborradas de gente comiendo con los platos amarillos de la Xarxa. Otros grupos se forman, de pie, en el centro de la plaza, junto a pocas mesas que aun quedan del mercado de intercambio. En cuanto acaba de comer, la gente limpia sus platos en una fuente y los deja sobre las mesas. Àngel dice que han comido unas ciento cuarenta personas. En el momento del postre, alguien dice “esto es mejor que comer en un restaurante”. “No te pases”, le responden. Y agrega: “Es que es mejor comer en casa, no me gustan los restaurantes”

4. Resultados

Las estrategias de provisión de alimentos de personas en situación de precariedad muestran una variedad de prácticas y significados asociados a ellas. Hemos visto que

la propia percepción de los alimentos se vincula al hecho social en que se desarrolla, obligando a considerar la adecuación alimentaria desde una perspectiva holística.

Las expresiones de vergüenza y estigmatización ligadas a ciertos comportamientos, así como la percepción de un trato despectivo y la pasividad experimentadas por quienes recurren a ayudas asistenciales contrastan con expresiones como “dignidad” y “sentirse útil”, manifestadas en situaciones en que participan de las tareas de provisión, aun dentro del marco del asistencialismo. Siguiendo a Mauss (2008), esta colaboración permite, en el acto de *devolver*, establecer una relación de reciprocidad, cuya imposibilidad deja a los perceptores de ayudas en una situación de pasividad e inferioridad moral, manifestada en la estigmatización. Se observa entonces cierta coincidencia con los reclamos en relación a la falta de trabajo asalariado, cuya carencia deviene un factor determinante en la trayectoria vital de los individuos.

El espacio de los comedores no parece propiciar la creación de vínculos personales fuertes. Expresiones como “están los otros como yo” o “la gente está muy hecha polvo” explican la sensación de compartir una situación penosa en la que las relaciones de amistad parecen ser la excepción. Por el contrario, el ámbito de la Xarxa es valorado positivamente por Àngel, puesto que “hay más un tema de amistad”. Es un espacio en que José dice recibir apoyo “moral”, y no solamente material. El trabajo en huertos o la preparación de una comida popular se asocian a expresiones como “integración”, “sentirse útil” y “dignidad”.

Enmarcada en relaciones de amistad e integración, entre otras, la redistribución, en tanto forma específica de reciprocidad, puede ser analizada de acuerdo a sus funciones, en tanto cumple un objetivo práctico de provisión de alimentos y otro instrumental de integración del grupo, adoptando la forma de un “ritual de comunión”, como se observa en los diferentes momentos de repartos en las asambleas de la Xarxa. También en este marco se dan situaciones de reciprocidad *entre* miembros que, en el reparto del contenido de las cajas, dan muestras de generosidad que son devueltas. Algo similar ocurre durante el segundo reparto, otra vez bajo la forma de redistribución, cuando se premia el hecho de ceder. Es significativo que esta “comunión” contrasta con la resistencia que genera la imposición de un rezo previo a la comida ofrecida en el comedor evangélico.

Son destacables los esfuerzos de la Xarxa por hacer partícipes de la lógica de reciprocidad tanto a los comercios, ofreciendo la *devolución del don* en forma de

trabajo como manera de distanciarse del posicionamiento pasivo ligado al asistencialismo; como al conjunto de miembros, promoviendo la participación y la asunción de tareas. La insistencia en este aspecto permite observar el carácter obligatorio de devolver que, sin adoptar la forma de una coacción, deja en evidencia frente al grupo a quienes no participan de las tareas.

Todos estos aspectos, ligados a las obligaciones de dar, recibir y devolver, junto con las prácticas críticas con el modelo hegemónico de producción, distribución y consumo de alimentos, que en el caso de la Xarxa se focalizan en el despilfarro de alimentos, integran un conjunto de normas más o menos compartidas acerca de lo que es legítimo en relación a la alimentación. Nos encontramos entonces en presencia de una economía moral que emerge en un colectivo que pretende transformar las relaciones sociales por contraposición a la lógica capitalista de obtención de beneficio individual.

La búsqueda de transformación de las relaciones cristaliza en la acción colectiva que defiende la vida del barrio frente a la lógica capitalista y se sustenta en los principios de identidad, oposición y totalidad. Una identidad fortalecida tanto en la práctica de la redistribución como en la comensalidad; oposición expresada en las críticas al asistencialismo tanto municipal como privado, al capitalismo en general, y en particular al modelo hegemónico de producción alimentaria; y totalidad, en la medida en que el accionar de la Xarxa busca la construcción de una alternativa inmediata al capitalismo transformando las relaciones sociales.

Los fenómenos alimentarios comportan entonces la incorporación de unos valores, asociados en nuestro caso a las formas de provisión y consumo, que participan en la construcción identitaria (Fischler, 1995). La acción colectiva es una forma de asunción de responsabilidad frente a la injusticia que dificulta el acceso a los alimentos de manera digna, en el marco de una estructura social que provoca un daño no compensado (Young, 2011). Considerar los fenómenos alimentarios como hechos sociales totales implica tener en cuenta todas estas dimensiones. En coincidencia con determinadas estrategias jurídicas para la garantía del derecho a la alimentación adecuada y los derechos sociales en general (Pisarello, 2009), esta investigación ha intentado aportar algunos elementos para su reconocimiento en sentido amplio, teniendo en cuenta la interrelación de los derechos humanos, la autorrealización de las personas y su dignidad.

5. Bibliografía

- ALAYÓN, N. (1989) *Asistencia y asistencialismo. ¿Pobres controlados o erradicación de la pobreza?*. Buenos Aires: Humanitas.
- BAJOIT, G. (2008) “Las lógicas de la acción social” en *El cambio social: análisis sociológico del cambio social y cultural en las sociedades contemporáneas*. Madrid: Siglo XXI, pp.211-249
- BANC EXPROPIAT DE GRÀCIA (2014) “El Banc Expropiat és suport mutu”. *La Metxa*, núm.1
- CONTRERAS, J. y NAROTZKY, S. (1997) “L’ajut mutu com a previsió de la necessitat: continuïtats i canvis”. En: *Revista d’Etnologia de Catalunya*, 11:20-31.
- DE GARINE, I. (2002) “Los aspectos socioculturales de la nutrición” en CONTRERAS, J. (Ed.) *Alimentación y cultura. Necesidades, gustos y costumbres*. Barcelona, Edicions UB, pp129-169
- DOÑATE, M. (2013) “El movimiento 15M en un pueblo del Maresme: la asamblea oberta” en NAROTZKY, S. (Ed.) *Economías cotidianas, economías solidarias, economías sostenibles*. Barcelona: Icària.
- FISCHLER, C (1995) “Lo incomedible, lo comestible y el orden culinario” en *El (H)omnívoro. El gusto, la cocina y el cuerpo*. Barcelona, Anagrama, pp27-60
- LOAIZA, J. (2013) “*Para poder vivir*”. *Prácticas y concepciones entorno a la recuperación de residuos alimentarios como estrategia de supervivencia*. Trabajo final de grado. Universitat de Barcelona. Enlace: <http://diposit.ub.edu/dspace/handle/2445/49425>
- MAUSS, M. (2008) “Ensayo sobre el don” en *Entre las gracias y el molino satánico*. MORENO FELIU, P. (Ed.) Madrid, UNED, pp159-193
- NNUU. (2010) *El derecho a la alimentación adecuada*. Ginebra: Naciones Unidas
- PISARELLO, G. “La justiciabilidad de los derechos sociales en el sistema constitucional español” en PISARELLO, G., GARCÍA MORALES, A. y OLIVAS DÍAZ, A. (Ed.) (2009) *Los derechos sociales como derechos justiciables: potencialidades y límites*. Albacete: Bomarzo.

- SAHLINS, M. (1983) “Sobre la sociología del intercambio primitivo” en *Economía de la Edad de Piedra*. Madrid, Akal.
- SALES I CAMPOS, A. (2014) *El delito de ser pobre. Una gestión neoliberal de la marginalidad*. Barcelona: Icaria
- SAURA ESTAPÀ, J. (2012) “El derecho humano a la alimentación y su exigibilidad jurídica” *Lex Social. Revista jurídica de los Derechos Sociales*. Vol.3 núm 1/2013.
- SUPIOT, A. (2007) *Homo juridicus: ensayo sobre la función antropológica del derecho*. Buenos Aires: Siglo XXI
- TAIFA, Seminari d’economia crítica (2013) “Los criterios fundamentales” en *Taifa. Informes de economía*. Núm. 13 págs. 16-23
- TERRADAS, I. (2011) “La antropología de la responsabilidad en tiempos del folklore neoliberal” en Terradas, I. (coord) *Antropología jurídica de la responsabilidad*. Santiago de Compostela: Andavira, pp.41-92
- TERRADAS, I. (2000) “La reciprocidad superada por la equidad, el amor y la amistad” *Éndoxa. Series filosóficas*. Núm.15 pp 205-249
- THOMPSON, E.P. (1979) “La economía «moral» de la multitud en la Inglaterra del siglo XVIII” en *Tradicón, revuelta y conciencia de clase*. Barcelona: Crítica.
- XARXA D’ALIMENTS DE LA VILA DE GRÀCIA (2013) “Autogestió, solidaritat i suport mutu a través dels aliments”, *La Directa*, 329. 12 de septiembre de 2013.
- XARXA D’ALIMENTS DE LA VILA DE GRÀCIA (2014) “La Xarxa no és un Banc d’aliments” *La Metxa*. Núm.1, pág.4.
- YOUNG, I. M. (2011) *Responsabilidad por la justicia*. A Coruña: Morata

Recursos electrónicos

- AJUNTAMENT DE BARCELONA (2012) *Barcelona obrirà aquest any tres nous menjadors socials*. [en línea] Barcelona. Acceso. Enlace web:
http://w110.bcn.cat/portal/site/Ajuntament/menuitem.0af6dcf550d619e1f747f747a2ef8a0c/?vgnnextoid=b5ce72ad674ea310VgnVCM10000072fea8c0RCRD&vgnnextchannel=49ea2abc5e8aa210VgnVCM10000074fea8c0RCRD&vgnextfmt=formatDetall&lang=ca_ES [consulta: 22/5/2014]